

LA MARIPOSA

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA Y VARIEDADES.

EDUCACION

VENTAJAS DE UNA ENSEÑANZA MAS EXTENSA EN LA MUJER.

La madre de familia, no será en adelante lo que ha sido entre nosotros. La compañera del hombre podrá serlo en verdad, aun en sus mas serias tareas. El sendero del saber no lo es desconocido: la ciencia no es para ella un misterio.

Comunicado.—*La Mariposa* núm. 4.



LA tuvimos ocasion en alguno de nuestros números anteriores, al publicar el comunicado que nos envió un amigo de la juventud, de tocar lijeramente este punto que, a nuestro modo de ver, es de una importancia mui positiva.

Al ocuparnos nuevamente de él, no tratamos de presentar un proyecto de mejora en la educacion de las niñas, porque esta mejora ya existe hace tiempo, entre nosotros, y si solo de fomentarla y demostrar hasta donde nos sea posible las ventajas que de ella resultan.

En efecto basta considerar a la mujer en los estados mas notables de su vida doméstica para convencerse de esta verdad. Como hija, como esposa, y como madre, tiene grandes deberes que llenar, y de cierto que el estrecho limite a que se reducía su educacion, y las vulgares tareas a que se le ha

destinado hasta nuestros dias, no era lo mas apropiado para que llegase a valerar toda la estension de esos deberes.

Ha dicho uno de los mas distinguidos talentos de nuestro pais que «*sin educacion no hay costumbres*,» nos será permitido añadir que la bondad de esas costumbres depende indudablemente de la clase de educacion que se recibe. Los hábitos que adquirimos en los primeros años de la vida, y la direccion que se da entonces a nuestras ideas, influye poderosamente, sobre nuestro estado futuro.

¿Y por qué si se reconoce en el hombre la necesidad de dirigir con acierto sus primeros pasos, de nutrirlos con las ideas de una sana filosofia, y con todos aquellos conocimientos que pueden hacerlo brillar en la sociedad, se niega este privilegio solo a la mujer? ¿Acaso es su mision en la tierra ménos grande y delicada? ¿O por ventura no puede llegar su inteligencia a nivelarse con la del hombre?

A la primera de estas dos últimas preguntas no vacilaremos en contestar que sus deberes son mucho mas delicados y mucha mas grande su responsabilidad; pues las faltas que pasan inapercibidas en un hombre son irreparables en la mujer. Para contestar a la segunda nos bastará presentar hechos.

Sin remontarnos mas allá de nuestro siglo encontramos en Francia como novelistas mad. de Staël, y mad. Cottin, Jerje Sand, etc. Como historiadoras una Duquesa de Abrantes, en

Inglaterra Miss Strickland, lady Morgan, Miss Edgeworth, etc. En España como poetizas una Amparo Lopez del Baño ó una Carolina Coronado, en América una Gertrudis Gomez de Avellaneda; y de cierto que no completan estos nombres la lista de las mujeres que con sus distinguidos talentos se han hecho célebres y ocupan un lugar entre los primeros escritores.

¿Y cuántas inteligencias fértiles no han producido abundantes frutos ya por falta de un buen cultivo ó por no esponderse á esa sátira vulgar con que se ridiculiza á la mujer que sale del estrecho limite á que pretende reducir la la sociedad, esto es, el cuidado de su casa y la costura?

No tratamos de defender de modo alguno á las que descuidan sus deberes domésticos por vanas superfluidades; por el contrario para que el cumplimiento de esos deberes sea mas completo es que sostenemos la necesidad de que una buena educacion les haga comprender toda la delicadeza y responsabilidad que encierra su posicion social.

Ya pasaron aquellos tiempos caballerescos en que le bastaba á una mujer ser hermosa para que la eligiesen reina del Torneo, y cien caballeros llegasen á sus plantas á deponer sus coronas de triunfo, pero en nuestro siglo, mas especulativo si se quiere, cuando el hombre busca la que ha de ser compañera de toda su vida, la que ha de dirigir los primeros pasos de la existencia de sus hijos, no se contenta con esos atractivos que desaparecen rápidamente, sino vienen unidos á otras cualidades mas permanentes.

En nuestro pais, hace algun tiempo que se ha llegado á conocer la utilidad de una reforma en la enseñanza de las niñas.

Los colejos ó mas bien escuelas no mucho antes del sitio no ofrecían otro programa que la lectura, escritura, costura y doctrina cristiana. Entretanto, los conocimientos tan indispensables, de la historia, y de la geografía, y con especialidad la de su país, ciertas nociones elementales de cálculo, de la ortografía, de la lengua nativa, y muchos otros conocimientos que son indispensables, les eran absolutamente desconocidos. ¿Qué resultaba pues de aquí?

Una niña cuya inteligencia no habia sido desarrollada, cuyas pocas ideas eran vulgares y confusas aparecía en el mundo y se encontraba en una sociedad nueva para ella. Entónces se formaba una idea de él ó por medio de las novelas que llegaban á sus manos ó á costa de tristes experiencias.

En la actualidad es mucho mas extenso el programa que ofrecen los colejos, aun que no han podido llevarse á cabo completamente por las circunstancias desgraciadas de nuestro país, no se ha hecho poco en iniciar la mejora y sostenerla hasta donde ha sido posible. Es cierto que la proteccion que ha dispensado siempre nuestro Gobierno por medio de sabias disposiciones á la juventud que se educa, es una de las causas mas influyentes en el cambio que se nota, pero no puede desconocerse que ha contribuido también muchísimo la asiduidad y constancia de las personas que se han hallado al frente de estos establecimientos.

Sin embargo estos esfuerzos serán infructuosos si los padres de familia no cooperan por su parte á que se realicen proyectos tan ventajosos. No dudamos que así lo harán porque la utilidad que ofrecen se presenta á primera vista.

Por nuestra parte desearíamos de-

par consignados en nuestras columnas los nombres de aquellas personas á quienes deberemos algun dia que nuestras esposas y nuestras hijas sepan apreciar la importancia de sus deberes sociales.

Quando llegue el momento de paz y de prosperidad para nuestra adorada Patria, ella compensará con profusion tan nobles sacrificios.

F. F.

A WASHINGTON.

Primero en paz y en guerra,
Primero en el afecto de tu Patria,
Y en la veneracion del universo,
Viva imagen de Dios sobre la tierra.
Libertador, lejislador y justo,
Washington inmortal, oye benigno
El débil canto de tu gloria indigno
Con que voi á ensalzar tu nombre augusto.

¿Te pintaré indignado
A la voz de la patria dolorida
Volar al árduo campo de la gloria,
Y como Marte en el Olimpo armado
A la suerte mandar y á la victoria?
Magnánimo apareces;
Rindese Boston y respira libre.
Vanamente el tirano
Czarenta mil esclavos lanza fiero
Para estirpar el nombre americano.
Tú, sin baldon, al número cediste,
Y acallando el espíritu guerrero,
A tu gloria la Patria preferiste,
Así del pueblo eterno los caudillos
Al vencedor Anibal contemplaron
Con inmutable frente,
Y la invasion rujiente
A la punica pleya rechazaron.

Mas luego, en noche de feliz memoria,
Del Delaware el vacilante hielo
Ofreció á tu valor y patrio celo

El camino del triunfo y de la gloria.
La soberbia británica humillada
Es por último en York, y su caudillo,
Rinde á tus piés la poderosa espada.
El universo atónito saluda
A la triunfante América, y te adora
Mientras que la metropoli sañuda
Tu gloria bella y su baldon devora.
Mas cuando por la paz inútil viste
De libertad la espada en tu alta mano,
El poder soberano
Como insufrible carga depositaste.

Alzado á la primer magistratura,
De tu patria la suerte coronaste,
Y en cimientos eternos afirmaste
La paz, la libertad sublime y pura.
De años de gloria y de virtud cargado,
Con mano vencedora.
Rejir te vieron el humilde arado.
Con Sócrates divino te sentaste
De la fama en el templo,
Y á la virtud con inmortal ejemplo
La fé del universo conservaste.

Quando en noble retiro,
De oro, y de crimen, y ambicion ajeno,
Tu espléndida carrera coronabas,
En este bello asilo respirabas
Pobre, modesto, y entre libres libre.
¡Oh! Potomac del orgulloso Tibre
No envidies; no, la delincuente gloria,
Que no recuerda un héroe como el tuyo indolente.
Del orbe todo la sangrienta historia

Por la Francia ferez amenazada
Vuelve á la Patria del peligro el día,
Y en unánims voto el héroe fia
De libertad y América la espada.
Los rayos de la gloria
Vuelven á ornar su venerable frente.
Mas ¡ay! desapareció, volando al cielo,
Como de nubes en brillante velo
Hando el sol su cabeza en occidente.

Oh Washington! Protejen tu sepulcro
Las copas de los árboles ancianos
Que plantaron tus manos,
Y lo cubre la bóveda celeste.
Aun el aire que en torno se respira
El que tu respirabas,

Paz y santa virtud al pecho inspira.
 En la tumba modesta,
 Que guarda tus cenizas por tesoro,
 Ni luce el mármol ni centella el oro,
 Ni entallado laurel ni palmas veo.
 Para qué, si es un mundo
 A tu gloria inmortal digno trofeo?
 Con estupor profundo
 Por tu jénio creador lo miro alzado.
 Hasta la cumbre de moral grandeza;
 Potente y con virtud, libre y tranquilo,
 Esclavo de las leyes,
 Del universo asilo,
 Asombro de naciones, y de reyes.

JOSÉ MARIA HEREDIA.

LA SOCIEDAD.

Si el hombre viviese aislado en la naturaleza, no conocería la mayor parte de los goces que hacen soportables los trabajos de la vida.

La soledad con su triste y monótono silencio parece que convida à reconcentrarse en sí mismo. Entonces tristes ó alegres reflexiones se presentan al espíritu, sucediendo à los tristes ó alegres sentimientos que anteriormente había recibido. Si esas reflexiones son tristes, no pudiendo comunicarnos con un amigo sincero, tampoco podemos oír sus palabras consoladoras que nos las hacen olvidar. Si fuesen alegres, bien pronto nos fastidiarían, por que todos nuestros pensamientos oprimen el corazón como si tuvieran necesidad de ser esparcidos en otros corazones.

Pero existen vínculos que unen entre sí à los hombres; y estos vínculos forman la Sociedad.

Esa tendencia por la cual procuran ponerse en relación unos con otros,

es innata en ellos y aun colocada por el mismo Creador del Universe; pues; con que objeto nos pudo haber dotado con la facultad de comunicarnos mutuamente nuestros pensamientos sino con él de que viviésemos en relación unos con otros?

Los que se ocupan pues en desmorralizar y destruir esa union sagrada de los hombres, dejeneran en otros animales enemigos de la especie humana; solo pueden compararse à las tempestades que aunque pertenecen à la materia tienden à aniquilarla.

Parece que la época presenta ha sido destinada para que esas tempestades se descargasen sobre la sociedad, y la hiciesen bambolear hasta tal punto, que si no aparece un esfuerzo colosal que la sostenga, la ruina sera completa.

Y ese esfuerzo existe en la sociedad misma, aunque sin ser aplicado, está en la reunion de los esfuerzos particulares de los individuos que la componen; solo falta pues el ponerlo en accion.

Es necesario estar convencido, que si se hubiese atendido mas al bien social, que al particular, este existiría, y no hubieran desaparecido ambos como un relámpago. Los individuos como parte de la sociedad, deben ser partícipes tambien de sus cambios y modificaciones; luego todos deben contribuir à que esas modificaciones no desbaraten la buena organizacion social y que al contrario tiendan à mejorarla.

Es en vano querer emplear el egoismo mas estremado para aislarse de la sociedad. No hai egoista que pueda prescindir de los lazos que le unen à su familia, y la familia está contenida en la sociedad y sujeta à las modificaciones de que es susceptible.

Existe pues entre ella y el indivi-

duo una relacion tan íntima, como la del cuerpo con los órganos.

Por consiguiente el bien particular no puede ecsistir sino emana del bien social. El egoismo desaparecería si llegasen à convencerse de este axioma. Sin embargo, mui tristes experiencias lo han confirmado en nuestra época, y ojalà lo gravasen en el corazón de cada uno.

Quando la sociedad estaba tranquila y se procuraba à su buena organizacion, los bienes de los particulares prosperaban igualmente; cambió la sociedad de aspecto, y sus bienes desaparecieron.

Luego el que desea el bien de sus hermanos, como el egoista que solo mira por el suyo, deben preferir el bien social al particular.

LA SOTA DE ESPADAS.

(Continuacion.)

Hermann se estremecía, como un tigre en acecho, esperando la hora de la cita. A las diez estaba ya de centinela à la puerta de la condesa. Hacia un tiempo endemoniado; el viento silvaba con violencia y nevaba à mas no poder; los reverberos apénas despedían una trémula lucecilla y las calles estaban desiertas; pero Hermann aunque iba únicamente cubierto con una levita lijera no sentía ni el viento ni la nieve. Al fin, se presentó el coche de la condesa; el oficial vió à dos lacayos levantando por debajo del brazo aquel espectro viviente que depositaron en los almohadones, bien cubierto con una enorme capa de pieles: un instante despues Lisabeta envuelta en una manteleta con la cabeza coronada de flores naturales, entró

como un relámpago en el carruaje; despues se cerró la portezuela y el coche rodó lentamente por la blanda nieve. El suizo cerró la puerta de la calle, las ventanas del primer piso se oscurecieron, y el mayor silencio reinó en la casa. Hermann se paseaba sin cesar; bien luego se acercó à un reverbero y miró à su reloj, eran las once ménos veinte: apoyado contra el muro y con los ojos fijos en el minutero contaba con impacencia los instantes que le faltaban aun. A las once en punto Hermann subía el peristilo bastante alumbrado en aquel momento, pero dichosamente el suizo no estaba allí. Con un paso firme y rápido subió la escalera en un segundo y se halló en la antecámara, donde vió un lacayo que dormía tendido en una vieja butaca grasienta y estropeada. Hermann pasó con presteza por delante de él y atravesó el comedor y la sala donde no había luz; pero la lámpara de la antecámara le servía de guía. Por fin llegó al dormitorio lujosamente adornado con retratos, porcelanas, relojes, canastillos, abanicos y mil otros objetos al uso de las señoras contemporáneas de los globos de Montgolfier y del magnetismo de Mesmer; Hermann pasó detras del biombo donde había una camita de hierro y vió las dos puertas indicadas à la derecha la del gabinete, y à la izquierda la del corredor; abrió esta última vió la escalerilla que conducía al cuarto de la pobre señorita de compañía, y despues la cerró y entró en el gabinete negro.

El tiempo iba transcurriendo con lentitud. Todo estaba silencioso en la casa: Hermann se hallaba en pié apoyado contra una estufa sin lumbre, sintiendo latir su corazón con pulsaciones acompasadas, como el de un hombre que se halla resuelto à desa-

fiar todos los peligros que se presenten porque conoce que son inevitables. Oyó dar la una, luego las dos, y un instante despues sintió el ruido de un carruaje que se acercaba; entónces se conmovió á pesar suyo: el coche se acercó rápidamente y se detuvo, é inmediatamente todos los criados se pusieron en movimiento, unos corrian á las escaleras, otros iluminaban los aposentos, y las tres camareras entraron á un mismo tiempo en la alcoba, hasta que por último entró la condesa parecida á una momia ambulante y se dejó caer en un gran sillón. Hermann que miraba por una hendidura, vió á Lisabeta que pasaba á su lado y oyó sus pasos precipitados por la escalerilla: en el fondo de su corazón sintió algo parecido á un remordimiento, pero la impresion fué pasajera, y su corazón volvió á permanecer insensible como una piedra.

La condesa se puso á desnudarse delante de un espejo. Las camareras la quitaron su corona de rosas y su peluca empolvada dejando á descubierto sus cabellos cortitos y blancos: los alfileres llovian en su derredor; su vestido amarillo recamado de plata se deslizó hasta sus piés hinchados; en una palabra, Hermann presenció á pesar suyo los poco apetitosos pormenores del prendido nocturno de la condesa que, por último, se quedó en peinador y papalina, traje mas conveniente á su edad y con el cual parecia un poco menos espantosa.

Como todas las personas de avanzada edad la condesa se hallaba atormentada por el insomnio. Desnuda ya, como hemos dicho, mandó que la llevarán en un sillón hasta el hueco de una ventana y despidió á sus camareras, que apagaron los candelabros sin quedar otra luz en la sala que la que despedia la lamparilla del

dormitorio. La condesa amarillenta y arrugada con los labios colgando, se columpiaba pausadamente á derecha é izquierda en su sillón; en sus amortiguados ojos se leia la ausencia de toda idea, y al mirarla moverse de aquel modo se hubiese dicho que no lo hacia por la accion de la voluntad sino mediante un mecanismo secreto.

Derepente aquel rostro de difunto cambió de expresion; los labios cesaron de temblar, y los ojos se animaron; un desconocido se hallaba delante de la condesa, era Hermann.

—No temais nada, madama—dijo Hermann en voz baja, pero acentuando bien sus palabras.—Por amor de Dios, no temais nada, porque no vengo á hacerós mal ninguno, al contrario, vengo á pedirós una gracia.

La condesa le miraba en silencio, como sin comprender lo que decia. Hermann creyó que era sorda y le repitió al oído lo que acababa de decir, mas la condesa continuó guardando el mismo silencio.

—En vuestra mano está,—continuó Hermann,—el asegurar la felicidad de toda mi vida, y sin que os cueste nada; sé que podeis decirme tres cartas que...

Hermann se detuvo, la condesa conoció sin duda lo que se la pedia, y exclamó:

—Es una chanza... os juro que era una chanza...

—No, madama,—repuso Hermann con enerjia.—Acordaos de Tchaplitzki á quien hiciste ganar....

La condesa pareció algun tanto turbada; su fisonomia manifestó un instante una viva emocion, pero despues volvió inmediatamente á su estúpida inmovilidad.

—¿No podeis, dijo Hermann, indicarme tres cartas que ganen?

La condesa callaba; el jóven continuó.

—¿Por qué os obstinais en guardar ese secreto? ¿es por vuestros nietos? Ya son bastante ricos sin eso, y ademas ignoran lo que vale el dinero. ¿De qué les servirian vuestras tres cartas?

Hermann se detuvo, esperando una respuesta; la condesa no dijo una palabra, entonces el jóven se arrodilló.

—Si vuestro corazón, ha conocido el amor, si os acordais de sus dulces extasis, si os habeis sonreido alguna vez al primer grito de un recién nacido; por último, si habeis albergado en vuestro corazón un sentimiento de humanidad, os suplico por el amor de un esposo, de un amante ó de una madre, por todo lo que hay de mas santo en la vida, que condescendais á mis ruegos. Reveladme vuestro secreto... vamos... ¿Acaso está ligado con algun pecado terrible, con la pérdida de vuestra salvacion eterna? ¿Habeis firmado algun pacto diabólico? Pensadlo bien; estais en edad muy avanzada y no os queda mucho tiempo de vida; pero yo estoy dispuesto á responder con mi alma de todos vuestros pecados ante el Señor. Decidme vuestro secreto; pensad que teneis en vuestras manos la dicha de un hombre, y que no solo yo sino mis hijos y mis nietos bendiciremos toda vuestra memoria y os veneraremos como á una santa.

La condesa no respondió una sola palabra.

Hermann se puso en pié y exclamó rechinando los dientes.

—¡Vieja maldita! yo sabré hacerte hablar.

Y al decir esto sacó una pistola del bolsillo.

(Continuará.)

ESTABLECIMIENTO DE EDUCACION

PARA SEÑORITAS.

DIRIJIDO POR

DOÑA BELEN MENDOZA DE PEREZ.

Calle del Sarandí núm. 71.

PROGRAMA DE LOS ESTUDIOS.

1.º Doctrina Cristiana:—explicada por el tratado de Fleuri, comprendiendo ademas algunas máximas morales que lleven en sí el Espíritu del Evangelio.

2.º Lectura y escritura:—enseñadas por el método del Sr. Dr. Peña, aprobado por el Instituto.

3.º Aritmética:—las cuatro reglas fundamentales de esa ciencia en números enteros y quebrados.

4.º Labores:—Costura, marcado, y toda clase de bordados.

5.º Gramática nacional y Jeografía:—El estudio de la Gramática se reducirá á conocer las partes de la Oracion, sus diferentes oficios en ella y la ortografía. La jeografía abrazará algunas ideas jenerales sobre el globo, Jeografía de la Republica, países limítrofes á ella, países americanos; resumen del estudio del Continente americano; y de un modo análogo se proseguirá en el estudio de las demas partes del mundo.

6.º Idioma Francés:—conocimiento de la Gramática francesa, estudio práctico del jénio de este idioma.

SECRETARÍA DEL INSTITUTO DE INSTRUCCION PÚBLICA.—Montevideo, mayo 2 de 1851.—El Instituto de Instrucción pública ha examinado detenidamente, la solicitud, y programa con que V. la acompañó, pidiendo en ella autorizacion para abrir un establecimiento de señoritas; y hallándolo todo en perfecto acuerdo con las disposi-

ciones establecidas por los *Estatutos*, el mismo Instituto en sesion del 28 del corriente, resolvió por unánime votacion lo siguiente:—Artículo único:—Concédese à Da. Belen Mendoza de Perez la habilitacion que solicita, con calidad de sujetarse al programa de estudios que ha presentado.—Lo que en cumplimiento de las ordenes que ha recibido el infrascripto secretario, tiene el honor el transcribirla à V. para su conocimiento y efectos consiguientes.—Dios guarde à V. muchos años.—*José G. Palomeque*.—A la Sra. preceptora Da. Belen Mendoza de Perez.

Hemos recibido una carta del Rio Grande sin firma, aunque la creemos de un jóven Oriental, segun su contenido, en que se nos felicita por nuestro pensamiento al redactar la *Marirosa*.—A pesar que ignoramos el nombre de la persona à quien debemos dirijirnos para agradecer los elogios que nos prodiga, creemos de nuestro deber hacerlo por medio de estas lineas.

Se nos pide la publicacion de las siguientes lineas:—
Brindis en verso, improvisados en una reunion de amigos el 4.º del presente mayo, en casa del Ajente fiscal D. Juan Leon de las Casas, en obsequio de su hijo el Dr. D. Luciano de las Casas, despues de la colacion de grados que tuvo lugar en la Universidad Mayor de la Republica.

El Sr. Tesorero General D. Francisco Acuña de Figueroa:—
Salud à Casas Doctor,
Y al grado que ha merecido:

Su mérito distinguido
Le hace digno de ese honor.
El abrazo fraternal
Que hoy, con efusion, le ha dado,
Quede en su pecho gravado
Como recuerdo inmortal.

D. Miguel Gonzalez Rodriguez:

Señores de esta reunion:
Espero veais conmigo
A la salud de este amigo
Objeto de distincion.
Es, como hijo, perfeccion,
Como amigo, consecuente,
Como soldado, valiente;
Y quien todo eso ha probado,
Prueba tambien, que Abogado,
Debe ser, sobresaliente.

El Sr. Figueroa, aludiendo al brindis del Sr. Gonzalez:—

Yo soi un Poeta viejo:
Ya no rije mi chaveta.
Brindo pues, por el Poeta
Que me ha pasado mui lejos.

VARIEDADES.

No ser sensible al amor es no haber visto aun el ser à quien se debe amar.

La Bruyere.
A un avaro.

EPITAFIO.

Esconde esta losa fria
de un hombre que mientras vivió
al escóndite jugó
con cuánta hacienda tenía.

Huésped tan dado à esconder
fué este viejo deslucido,
que aun de estar aquí escondido
pienso que tiene placer.

Adquiere un amigo para que alguno tenga el derecho de reprenderte cuando obres mal. *Pitágoras*.